discreta lectura le vaya proporcionando al correr de las hojas; no distraiga Vm. su espíritu de esas admirables páginas, inquiriendo recónditos problemas ó sibilíticos arcanos; porque, créame Vm., amigo mío, Cervantes alienista, Cervantes geógrafo, Cervantes marino, Cervantes teólogo, Cervantes administrador militar, CERVANTES SEPULTURERO, como nosotros podríamos llamarle hoy, no significan otra cosa sino que el *Quijote* es un libro tan grande, que cada uno puede encontrar en él todo lo que le dé la real gana.

Reciba Vm., querido Copper, el cariñoso afecto y buena ley que le profesa su amigo y cervantista jubilado,

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Huerta de Cigarra.

EN PUNTO HASTA CIERTO PUNTO

(1893)

Á D. CARLOS OSSORIO Y GALLARDO

Mi señor y dueño:

HE leído la carta con que Vm. me favorece, y en la cual me pide opinión sobre la hora á que debe asistirse á comer en la casa donde nos han invitado.

Usted pregunta si debe ser antes de la hora, á la hora, ó después de la hora.

Toléreme Vm. que antes de contestar apunte algunas ligeras observaciones.

Después del maravilloso organismo del *Correo*, que nos permite mandar cartas á

Hungría, Sudán ó Inglaterra por un corto precio, las dos conquistas ó adelantos verdaderamente democráticos de nuestros tiempos (y ríase Vm. de sufragios y jurados) son los RELOJES á veinte pesetas y los TRANVÍAS á diez céntimos.

La maza y la gola — por ejemplo — dejaron de ser arma y armadura para convertirse en insignias. Y en cambio los relojes, abandonando su oro, sus perlas, sus diamantes, sus cadenas, sus miniaturas y sus dobles cajas, y desdeñando sonatas, repeticiones y niñerías, vistieron primero de plata, luego de níquel, después de cobre y últimamente de hierro, y han pasado, de ser objetos de lujo y riqueza, á muebles vulgares de uso indispensable en la vida.

Hace medio siglo que el sujeto que llegaba á nuestra morada en carruaje y con reloj, debía ser persona de cuenta. Hoy puede venir en tales condiciones el ordenanza de Telégrafos ó el mozo de Ferrocarril.

Entiendo, pues, que ahora, y gracias á la educación que inculcan los caminos de hierro, el tiempo debe contarse y efectivamente se cuenta por minutos. Ya es mentiroso el refrán de que *por oir misa y echar cebada no se pierde jornada:* en la actualidad algunos la pierden por beber ó desbeber un vaso de agua.

Creo también que más hace el anfitrión en convidar, que el invitado en asistir. La virtud de la puntualidad es una virtud casi tonta. Cuando menos (salvas contadas excepciones), hay seis ú ocho horas por delante para excusar la asistencia, ó para concurrir á la calle de tal, número tantos, á la hora que nos marcan.

Claro es que del caso fortuito nadie responde, y que ni el muerto ni el estropeado deben asistir á la cita. Y si es notoria la falta de atención que envolvería decir á la visita inesperada: *dispense Vm. que le deje por ser mi hora de casino, de billar ó de teatro,* lo que soy yo, nunca he tenido reparo en manifestar *que me esperan á comer,* que voy á misa, ó que el tren donde marcho no aguarda á los viajeros que se retrasan. Nadie se ha mostrado quejoso al escuchar semejantes disculpas.

El célebre y discretísimo Conde de Vi-

llacreces escribió en sus *Indirectas Aforísticas* que *el faltar á una cita aceptada es un insulto; y el disculparse con un* SE ME PASÓ, *es un nuevo insulto expresado en lenguaje de gente ordinaria.*

En España era tan vulgar y frecuente la falta de exactitud, que entre los méritos del rey Carlos III señalan sus biógrafos el de ser puntualísimo en sus citas y actos de corte.

Juzgan aún de buen tono algunos españoles llegar á la mesa redonda del *hôtel* á mitad de la comida, ó entrar en el teatro cuando empieza el acto segundo de la ópera ó comedia. Si esto se hace intencionalmente, nadie negará que es un *buen tono* de tontería de tomo y lomo.

Opino que retardar la asistencia á un convite, es no sólo desatender la bizarría del dueño de la casa y de los asistentes que nos esperan, sino que es también, como Vm. dice, *una falta de atención imperdonable.* Bien es verdad que ni Vm. ni yo ponemos nada de nuestra cosecha: nos conformamos con la sentencia axiomática del gran Brillat-Savarin. Recuerde Vm. que en sus portentosos aforismos

(XVI y XVII), base eterna de la gastronomía, consigna que *la cualidad más necesaria en el invitado es la exactitud; y que esperar por largo tiempo al que se retrasa, demuestra tener poca consideración á los que se hallan presentes.*

Mi regla, y con ella me ha ido á las mil maravillas, es llegar á la casa SEIS Ú OCHO MINUTOS antes de la hora marcada. Para estos casos sirven los relojes y los cálculos de las distancias. Los ingleses, que son tan prácticos en todas las cosas de la vida, acostumbran poner en algunas de sus invitaciones que se *comerá después de las siete, y antes de las siete y media.* Con tan hermoso *blanco* de veintinueve minutos, es casi imposible errar *el tiro.* ¡Bien por los ingleses!

Con respecto á lo que Vm. indica, de que asistiendo á la hora en punto parece que se esquiva *la conversación amable de los hombres,* le diré á Vm. que los prólogos de las comidas suelen ser siempre sosos, silenciosos y ceremoniosos. Recuerde Vm. los mejores discursos de Don Quijote: habló de la edad de oro, *después que hubo bien satisfecho su estómago;* de

las armas y las letras, luego que *cenó con mucho contento;* de poesía, al disfrutar la comida *limpia, abundante y sabrosa* de Don Diego de Miranda; y hasta la célebre respuesta que dió al eclesiástico reprensor fué á los postres de la *rica mesa* de los Duques. Creo, por lo tanto, que la conversación y la parte espiritual de la comida no se halla al principio, sino al final del banquete.

¡¡¡El final del banquete!!! Éste sí que es para mí problema irresoluble, y sobre el cual estimaría una sentencia dictada por Vm. Cuando asisto por vez primera á casa cuyas costumbres desconozco, y me pregunta el cochero la hora de volver..., me quedo siempre irresoluto y perplejo para contestar.

La última vez que, en noviembre de 1892, estuve á comer en la morada á que Vm. alude, calle de las Fuentes, número 9, ó sea la de mi excelente amigo D. Luis Vidart, entré á *las siete de la tarde* y salí á *las dos de la mañana!!!* Y las horas se deslizaron como minutos, gracias á la finura y amenidad de los dueños y á que los convidados no eran ranas. Lo apacible

de la noche y la buena situación de la casa me hicieron despedir el carruaje. ¿Quiere Vm. decirme qué hubiera sido del cochero y de las yeguas si les doy un plantón, en noche fría y lluviosa, desde las nueve de la noche hasta las dos de la madrugada?

Opinaba mi querido é inolvidable Miguel de los Santos Álvarez, al hablar de las conquistas amorosas, que el *ingreso* en ellas era lo más fácil y sencillo..., y la *salida* lo más difícil y escabroso del mundo...

No pretendo establecer símiles ni comparaciones; lo que hago es presentar á Vm. la interrogación siguiente: ¿A las cuántas horas de la entrada se debe citar al coche para la salida de un convite?

* * *

Y ya que de la discusión sale la luz, y además nos hallamos con la masa entre las manos, permítame Vm. una nueva consulta tocante también á menudencias sociales.

Creo indudable que en la calle, la pla-

za, el paseo ú otro lugar semejante, debe *darse la derecha* á la persona de más respeto ó elevada categoría.

Pero si un individuo nos hospeda en su morada, entiendo que el invitado debe someterse á lo que el dueño de la casa disponga.

Sería descortés pedir otra habitación, otra cama y otros muebles más modestos, aun cuando tal demanda se hallase disculpada con la humildad y llaneza del pretendiente.

Harto sabido es lo que nos refiere el *Quijote* de «el labrador que porfiaba con el hidalgo para que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba también que el labrador la tomara, porque en su casa se había de hacer lo que él mandase. Pero el labrador, que presumía de cortés y bien criado, jamás quiso, hasta que el hidalgo mohino, poniéndole ambas manos sobre los hombros, lo hizo sentar por fuerza, diciéndole: — Sentaos, majagranzas, que adonde quiera que yo me siente será vuestra cabecera.»

Me parece que hoy nadie que tenga mediana educación dejará de obedecer al

dueño de la casa y de ocupar, sin observación ni réplica, la silla que éste le señale en la mesa.

Pasemos desde ella al coche. El coche, lo mismo que el buque, viene á ser una continuación de la casa. Y si en la morada hay que avasallarse al amo, claro es que en el carruaje impera la misma ley.

Ni comprendo ni me explico las disputas más ó menos largas sobre los asientos de un landó entre el invitado y el propietario. Éste debe ocupar el lado *izquierdo*, para demostrar que el vehículo es suyo. Por eso la cuestión de cortesía resulta contraproducente y absurda.

Tan absurda y contraproducente, v. gr., como la del que requerido para ir de duelo ó llevar cinta del féretro, responde diciendo *con mucho gusto*, en vez de *haré lo que Vm. mande*. Ó bien la del *Juan Fernández*, que presentado á Valera, Silvela ó Menéndez y Pelayo, lejos de manifestar que celebra la ocasión de saludar á alguno de dichos señores, exclama con toda ingenuidad: *¡He tenido mucho gusto en* CONOCER *á usted!*

—Pues qué, sería necesario replicarle,

¿es posible que usted *no conozca* las novelas, los discursos, los escritos, las poesías, los retratos y la vida entera de estos sujetos, desde sus nacimientos hasta la época presente? Vm., señor *Juan Fernández,* estima de sobra al erudito, al repúblico y al novelista; el novelista, el repúblico y el erudito son los que no tienen noticias de Vm. Por eso lo que Vm. debe manifestar al ser presentado á dichos individuos, no es que recibe placer en conocerlos, sino precisamente lo contrario. — Es decir: «Señor Silvela, señor Pelayo, ó señor Valera, yo tengo satisfacción en que Vms. sepan la existencia de este ciudadano, que los lee, los admira y los aplaude: *en que Vms. me* CONOZCAN *á mí.*»

Volviendo á la urbanidad, entiendo con Cervantes lo siguiente:

1.° Que en casa ajena debe hacerse, sin réplica, lo que el dueño mande; y

2.° Que en el coche, en la mesa, en el palco, en el buque, en la calle, en el paseo y en todas partes, la cabecera estará donde se halle el príncipe, magnate ó individuo de mayor mérito y valía.

Y si alguien recusase al Manco de Lepanto porque su trato, más bien que con caballeros, con magníficos, con generosos y con altamente nacidos, debió ser con cabreros, venteros, arrieros, molineros, cuadrilleros y titiriteros, apelaríamos al fallo del ínclito rey Luis XIV.

Cuentan que éste indicó á un cortesano que pasara delante al entrar en el salón, y que el cortesano declinó tal honor haciendo muchas zalemas y cortesías. — Siguieron andando, y al llegar á una segunda cámara el Monarca invitó á otro señor para que pasase primero, y en el acto fué obedecido. — Entonces el gran Rey, dirigiéndose á su comitiva, dijo: «¡SEÑORES!... OBEDIENCIA ES CORTESÍA.»

Perdone Vm. tanto ñiquiñaque á su atento servidor, q. l. b. l. m.,

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Medina Sidonia.

(1894)

A D. TORCUATO LUCA DE TENA

Mi amigo y dueño:

No podré, por falta de conocimientos en la materia, contestar con amplitud á las preguntas que Vm. me hace sobre *Felicitaciones de Pascuas*. Creo, sin embargo, que el practicarlas con tarjetas debe ser costumbre moderna, puesto que aun cuando el uso de estas cartulinas nació en el siglo XVIII, su abuso no comenzó hasta mediados del presente y venturoso décimonono.

Durante los XVII y XVIII, las felicitaciones pascuales se verificaban en cartas mi-

sivas. Allá van este par de muestras de los más acreditados formularios:

✠

Señor mío: A los motivos de mi obligación, que mantiene mi reconocimiento, se aumenta el de la celebridad de estas Pascuas. Deseo las logre Vmd. con felicidad suma, esperando admitirá esta expresión de cariño y que la remunerará con largueza empleando mi inutilidad en su servicio, para conseguir de este modo executoria de la buena ley que le profeso.— Dios guarde á Vmd. por dilatados años, como deseo. Toledo y diciembre á 15 de 1696.

B. L. M. de Vmd.

Su más cierto y seguro servidor,

FULANO.

(Respuesta) † *Señor mío: Con el favor que Vmd. me hace, me aseguro las próximas Pascuas alborozadísimas; y si Vmd. las pasa como se las deseo, no le faltará circunstancia de felicidad, y más si Vmd. diere motivo á mi obediencia de manifestarse oficiosa en su obsequio.— Dios, &*

✠

Muy señor mío: Todo lo que es desear á Vmd. felicidades, será solicitarme dichas en cualquier tiempo, y más en el de las cercanas Pasquas. Suplico á Vmd. admita de mi buena ley el anuncio de ellas, asegurándole que si se conforman con mi voluntad, ni á Vmd. le quedará qué pedir ni á mi qué interceder con la Majestad Divina, que guarde á Vmd. por muchos años.—Madrid y diciembre á 18 de 1720.

B. L. M. de Vmd.

Su más obligado y afecto servidor,

MENGANO

(Respuesta) † *Muy señor mío: Antepuesta á mi obligación la fineza con que Vmd. se ha dignado favorecerme, afianzo en ella el más feliz logro de estas Pasquas. Espero gozarlas con notable exceso de dichas, si experimentándolas Vmd. como se las deseo, le merece mi rendimiento en repetidos preceptos el gusto de servirle.— Dios, &.*

* * *

La sequedad de la finura moderna debe ser la causa de que nos parezcan melosas, fastidiosas y empalagosas las cartas anteriores, que en épocas pasadas debieron considerarse modelos de buen gusto, según la repetición y abundancia con que se hallan en los antiguos epistolarios.

Si he de decir á Vm. la verdad, soy amante de ciertas fórmulas y adornos, aun cuando nada valgan y de nada sirvan en el orden físico ni en el moral. Sentiría que se aboliesen, por ejemplo, los saludos de naipes al comenzar el tresillo, los que preceden y siguen á los asaltos en las salas de esgrima, y los que tan lógicamente practican los franceses y otras naciones al entrar en un café. Me causaría extrañeza ver suprimida la H muda en la palabra *ombre,* los inútiles flecos de las toallas y los botones sin ojales que adornan el talle de los fraques y levitas. Y si quiere Vm. una prueba plena de la gran importancia que tienen las cosas que no sirven para nada, practique Vm. el fácil ensayo

que voy á decirle. Las orejas de la liebre ni se aprovechan ni se guisan. Tome usted el par de liebres más hermosas que halle en el mercado, córtele Vm. las orejas y entréguelas al cocinero para que las adobe en delicado *civet.* Pues yo aseguro que si el maestro se atreve á guisar aquellos bichos, Vm. no se aventura á paladear un *civet* que necesariamente ha de traerle á la memoria la repugnancia y el asco que producen las liebres desorejadas. Aparecen más raras y extrañas que la carta á quien le cercenasen las inútiles palabras *muy señor mío* y *seguro servidor que su mano besa,* que vienen á ser los polos sobre que gira, ó el par de orejas que dan finura, belleza, valor y carácter á la misiva.

Término medio entre la ampulosa cortesía de las cartas arriba copiadas y la sequedad de la tarjeta contemporánea, es el papel de catorce centímetros de ancho por diez de altura, estampado en hermosa bastardilla con orla tipográfica, que conservo en aprecio y que reza lo siguiente:

†

Pascuas. Feliz entrada de año. Días. Me despido si me voy. Si Vm. se va, buen viaje. Y si vuelve, bien venido. Pésame ó enhorabuena si hay motivo para ello. Del hijo ó hija que nazca que lo veamos un Santo, y si en la infancia se muere, Ángeles al Cielo, donde todos alabemos al Señor. Amén.

Valga por todo el año de 1792.

Al dorso de este documento hay cuatro renglones manuscritos que dicen:

Á mi señora la S.ª Doña Inés de Melgarexo, vecina de esta Ciudad de Sevilla, guarde N. S. muchos años.

Don Luis Federigui.

* * *

Aun cuando semejante moda produce comodidad, y mayor todavía si el plazo se alarga por diez ó doce años ó por toda la vida del remitente, dificulto que hoy pueda renacer. La tarjeta, aunque menos

expresiva, es más lacónica, y el laconismo es el regulador de las costumbres de nuestros tiempos. Con el poco dinero que valen cien tarjetas, cien sobres y cien sellos de cuarto de céntimo, es decir, por menos de un duro, ¡cuántas satisfacciones alcanzan los aficionados al tarjeteo!

Yo trato (y supongo que Vm. también tratará) á gentes que tienen el inocente vicio de pregonar sus conocimientos y amistades con personas de cuenta. Del Duque Tal, asegura uno de estos prójimos que no lo trata, pero que es íntimo amigo de su cuñado Perico Tal; del Marqués de Cual, resulta (aun cuando no lo conoce) hasta pariente, por ser sobrino político de su prima Juanita Ponce; con el Ministro Fulano tiene bonísimas relaciones desde que intimaron hace tres años en un viaje desde Madrid á Aranjuez; con el Senador Mengano estuvo dos días en los baños de Carratraca; con el poeta Zutano comió cierta vez en la mesa redonda del Hotel de París, etc., etc., etc.

Fundándose en estas relaciones, que pudiéramos llamar de milímetro, entre los centenares de tarjetas que reciben las

notabilidades políticas, literarias y aristocráticas, se cuentan las de los pobres diablos á quienes aludo. Claro es que el secretario que abre y despacha semejante correspondencia, contesta en el acto á la cortesía de todos estos *Juanes Fernández*, los cuales se muestran luego ufanos y vanagloriosos con poner en la tanda de su bandeja de tarjetas las que llevan los nombres de casi todos los DUQUES, CONDES, MARQUESES, POETAS, BANQUEROS, SENADORES y MINISTROS á quienes han felicitado.

Lejos de mi ánimo vituperar semejante conducta. Pero como hay diferentes opiniones y diferentes gustos, yo no mando tarjetas de Pascua á mis amigos, porque ellos saben que siempre se las deseo venturosas y felices. Tampoco se las envío á mis conocidos, porque á ellos debe importarles un bledo que me acuerde ó no me acuerde de sus personas. Esto no impide que agradezca y conteste en el acto á cuantas felicitaciones recibo. Para decirlo en pocas palabras, si no soy abad que canta, soy sacristán que responde. El *Dominus vobiscum* que llegue á mis oídos

tiene de seguida su *et cum spiritu tuo* si recuerdo el domicilio del oficiante, ó su *requiescat in pace* cuando no lo recuerdo.

Y como reconozco que con tal sistema llegaría á extinguirse la costumbre porque nadie tomaría la iniciativa, entiendo que ni los aficionados ni el público deben imitarlo, pues en resumidas cuentas lejos de causar perjuicios, el tarjeteo produce, además de sus ventajas morales, provecho material

Á LOS FABRICANTES DE PAPEL Y DE SOBRES,

Á LOS LITÓGRAFOS

Y Á LA RENTA DE CORREOS.

Es cuanto sabe y puede decir á Vm. sobre el tema consultado su amigo y servidor, q. l. b. l. m. y que (por excepción) le felicita en las próximas Pascuas,

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Medina Sidonia